



¿Qué diría Unamuno a la UE?

ANDREU YAKUBUV-TREMBACH

Presidente del Instituto 9 de Mayo

El genial escritor vasco viajó por el viejo continente a principios del siglo XX, mucho antes de que el sueño de la unión política y económica fuera imaginado

Cuando Miguel de Unamuno, en el lejano 1906, se dispuso a encontrar sentido a las frases «tenemos que ser modernos», «tenemos que ser europeos», «hay que modernizarse», «hay que ir con el siglo», «hay que europeizarse», etc., no encontraba ninguna concreción teórica, ni mucho menos ejemplo práctico digno, de ese término «europeo moderno», tan recurrente hoy en día.

Por aquel entonces, los promotores del apostolado que llevaría a la construcción de la Unión Europea –Adenauer, Monnet, Schuman y De Gasperi, entre otros grandes como Churchill– apenas vivían su primera juventud. A caballo entre siglos, incluso después de la Primera Guerra, nadie podía vislumbrar que, más allá de los problemas sociales internos, pronto una Segunda Guerra Mundial traería la destrucción total. Y es que solo habiéndolo perdido todo se cayó en la cuenta de que paz, solidaridad y unión no solo eran hitos nacionales, sino que tenían que ser compartidos y multiplicados en comunión internacional.

Unamuno no ignoraba Europa como lugar. Siendo la excepción para sus años, y con la edad de un 'Erasmus' de la actualidad, se recorre todo el espacio de París a Nápoles. Prueba del aprovechamiento de esa escapada es el diario publicado hace no mucho bajo el título 'Unamuno inédito: Viaje de juventud por Europa'. En cambio, don Miguel no llegó a tener la suerte al alcance de cualquiera hoy en día: percibir y disfrutar Europa como idea; en primer lugar, de bienestar.

Como es lógico, tampoco imaginaba que el continente se planteará como «nuestro hogar común», según diría Gorbachov poco antes de la caída del imperio soviético que Unamuno vio nacer. Durante su generación de fuertes tradiciones, arraigo local, así como de las mayores fronteras físicas y mentales, los términos del Estado pirenaico eran el reto de convi-

vencia más grande que podía imaginar.

De hecho, para el rector de la universidad salmantina, Europa –en lo inmaterial– debía redundar en la civilización cristiana. Desde presupuestos místicos y su particular fe, sugería «españolizar a Europa» y rechazaba las corrientes disruptivas de su época sobre vida, ciencia y libertad (incluso, proponía elegir entre felicidad y amor). Una españolidad que, a su vez, veía bien regenerar en lo técnico y en lo moral abriéndose al exterior.

Ya durante su viaje continental, cuando tenía 24 años, llegó a una remarcable conclusión: «Después de todo, ¿qué es una nación? Un conjunto de gentes que hablando como piensan se entienden. Esto es la patria». Décadas después, Unamuno reciclaría ese pensamiento para identificar la solución que venía a ofrecer a los suyos.

Al poco de la proclamación de la República, siendo el autor vasco un sexagenario, publica sobre 'Lo religioso, lo irreligioso y lo antirreligioso'. Más allá de lo que quisiese denunciar con ese artículo, nos deja la siguiente sentencia: «Porque si ha de haber una verdadera unidad española, si España ha de ser una nación con

una conciencia común, ha de ser sobre el cimiento de un sentimiento común de una misión del pueblo español».

Unamuno descubre viajando que para la convivencia o, más aún, la convergencia, no hay que renunciar a lo que se es, sino moverse por la voluntad de alcanzar juntos algo más grande y mejor. Su receta para las nacionalidades de España era entenderse y querer ser los padres del futuro, mediando para ello la forma política matrimonial de unidad nacional. Ahora que el principal reto de convergencia es el supranacional, ¿qué diría Unamuno a los pueblos de Europa para que se pongan de acuerdo sobre hacia dónde ir?

En su época, la reflexión pragmática y sensata estaba dificultada –si no silenciada– por los efectos de la Crisis del 29 y la agitación política desde los extremos. Repitiéndose algo de esto último en nuestros días, como así también el terrible parón económico, nosotros estamos siendo marcados por el coronavirus.

Recordemos que la falta de generalización de un sentimiento común español pronto llevó a la famosa pérdida. De la misma manera, el que dejemos de considerar la misión de la Unión Europea nos acabará abocando a algo inimaginablemente retrogrado.

Así pues, debemos reanimar el sentimiento de destino común europeo, aún a pesar de la mejorable respuesta de las instituciones de la UE a la actual crisis socio-sanitaria y sus efectos financieros. O quizá es gracias a que esta misma crisis nos demuestra –igual que el desafío de reconstrucción europea de hace siete décadas– que la solución a los grandes problemas solo está en la verdadera unidad, que siempre será solidaria.

Otra cosa es que, como dijo el genial don Miguel en 1931, y que seguramente repetiría para este 2020, «ahora nos falta averiguar, percutiendo y auscultando, si ese sentimiento se fragua bajo los ataques históricos».



RANDY COLAS